

admirar espléndidas ornamentaciones, y magníficos cuadros, y soberbias esculturas; y dentro de esas casas, y en el interior de esos palacios, y en esas iglesias, se encontrará también otro género de bellezas; unas mujeres de rostro oval, de color apañonado, de lindos ojos negros de una expresión angelical.

Querétaro, efectivamente, si es la primera ciudad de la República por sus grandes recuerdos históricos, acaso no tiene rival por sus monumentos de arte, y no es la en que menos brillan por su hermosura las mujeres. Querétaro tiene una escuela propia de arquitectura, la que fundó allí el celebrado Tresguerras, nuestro inspirado Miguel Angel; Querétaro tuvo un Bernini en Perusquia, y esa escuela de escultura, sin igual en la República, se ha conservado allí y pertenece á Querétaro exclusivamente: Querétaro supo explotar el ingenio de Miguel Cabrera y de Rodríguez Juárez, y allí se hallan las mejores obras de tan justamente célebres artistas.

Visitar, pues, Querétaro, es conocer los monumentos que recuerdan los sucesos más culminantes de nuestra historia patria; es leer esa misma historia escrita de bulto en grandes caracteres; es contemplar las obras más notables de arquitectura, de pintura y de escultura

que tenemos en el país; es, por último, conocer una sociedad honorable por su moralidad, y digna de mejor suerte por los buenos elementos con que se halla enriquecida. Al escribir la presente revista de nuestra reciente visita á la ciudad, la consideraremos á grandes rasgos bajo este triple aspecto.

Querétaro puede decirse que fué la cuna de nuestra Independencia; allí brotó la idea primitiva; allí comenzaron los primeros autores de nuestro sér político á organizar los movimientos que determinaron la gran revolución, que ojalá y no hubiese abortado en su origen, acaso no habría sido tan sangrienta, ni habría costado la vida á los mismos que la iniciaron. Los célebres corregidores de Querétaro allí residieron; allí celebraban sus reuniones clandestinas los primeros insurgentes; la casa en que se hallaba la inclvidable corregidora cuando la conspiración fué descubierta, existe, sin haber sufrido notables modificaciones; se conserva el cuarto en donde Doña Josefa Ortiz de Dominguez sorprendió el secreto del descubrimiento y desde donde lo comunicó al alcaide Don Ignacio Pérez, á fin de que diese el aviso al intrépido Allende, quien lo trasmitió al Cura Hi-

dalgo. Es ahora la casa municipal ese edificio, el primer monumento de nuestra Independencia.

Otro sitio, no menos venerable, es la casa número 7 de la calle de la Alhóndiga, en donde Epigmenio González tenía sus reuniones con Allende y otros varios conspiradores, y la llamada Casa de Sámano, en la calle del Serafín, en donde este patriota se juntaba con otros á conspirar contra el gobierno virreinal.

En la memorable invasión americana, Querétaro dió hospitalidad á los Poderes de la Unión; allí se refugió el Gobierno bajo la presidencia de Don Manuel de la Peña y Peña, quien habitó la casa número 3 de la 3.^a calle de San Antonio. En el edificio de la Academia de dibujo celebraba sus sesiones el Congreso, y en ese lugar fué ratificado el tratado de paz que se firmó en Guadalupe Hidalgo, á virtud del cual los americanos desocuparon nuestro desmembrado territorio.

Querétaro, último refugio del gobierno de Maximiliano, sufrió los desastres y las consecuencias de uno de los sitios más memorables de nuestra historia. Sus montañas del Cimantario, de Carretas, de San Pablo y de San Gregorio, sirvieron de baluartes á los sitiadores, que en diversas acciones fueron desalojados de

aquellos puntos, para ocuparlos después nuevamente con pérdida de muchas vidas. La Alameda fué teatro de dos acciones reñidísimas, la del 14 de Marzo y la del 24 del mismo. En cada uno de esos combates fueron rechazados los sitiadores con grandes pérdidas por ambas partes. Ese paseo era el más hermoso que tenía Querétaro. Hoy se ve abandonado y triste. Parece que la sangre humana que fué á circular por las arterias de sus plantas y de sus árboles agostó aquellas, que ya no florecen como antaño, y descompuso la savia vivificadora de éstos, que han quedado mustios y escasos de follaje y de verdor.

El sombrío edificio de la Cruz sirvió de punto principal de defensa á los sitiadores. Allí está como hace veintidós años, salpicado con la sangre de sus defensores, carcómidas sus paredes, agujereadas todavía con los proyectiles republicanos; en sus pasillos y en sus aposentos, está impresa la sombra de los que durante tres meses casi permanecieron allí invencibles, sosteniendo ese edificio del Imperio, próximo á derrumbarse. En la calzada que conduce del Convento á las calles de la ciudad, están frescas las huellas de Maximiliano, que diariamente se paseaba por allí tranquilo é impávido, haciendo frente á las balas que dirigían

los sitiadores desde las alturas de Carretas y el Cimatarío. El rastro que dejaron los sitiadores al penetrar silenciosamente en la madrugada del 15 de Mayo, allí está todavía, no lo ha borrado el tiempo, como no olvidará la historia el inesperado desenlace del sitio de Querétaro, tan vigorosamente sostenido por sus defensores.

El cerro de las Campanas fué el postrer lugar de refugio de los sitiados. Allí entregó Maximiliano su espada al general en jefe de las fuerzas republicanas. Con esta captura y con la de los generales Méndez, Miramón y Mejía, acababa el tercer imperio mexicano. El general Méndez, sorprendido en el interior de una casa en donde se había ocultado, cayó prisionero en manos de sus enemigos, quienes lo fusilaron en seguida en el ángulo Noroeste de la Alameda. Los otros tres prisioneros fueron encerrados en el Convento llamado de las Teresitas, hoy Seminario Conciliar; allí están las celdas en que habitaron. Traslados después al Convento de Capuchinas, las piezas que allí ocuparon forman hoy las tres exteriores del piso principal en la casa número 40 de la calle de Capuchinas, fachada que mira al Oriente.

De dicho lugar salieron los prisioneros a las seis de la mañana del 19 de Junio para ser ejecutada en el Cerro de las Campanas la senten-

cia de muerte que pronunció el Consejo de guerra que los juzgó, reunido en el Teatro Iturbide, en los días 13 y 14 del mismo mes. El histórico cerro se halla situado casi al Poniente de la ciudad. Como á la mitad de su altura se forma una meseta natural cuyo sitio fué elegido para la ejecución. Los ejecutados tenían delante de los ojos el bello panorama de Querétaro. Maximiliano y Miramón recibieron la muerte con serenidad. Mejía se mostró abatido en su espíritu, acaso por la enfermedad de que estaba adoleciendo. Un modesto monumento de pórfido rojizo que remata en tres postes colocados en los lugares en que respectivamente se pusieron de pie los ejecutados, recuerda á la posteridad la ejecución de Maximiliano y de sus dos generales más ameritados. El lugar del sacrificio dista poco más de un kilómetro de las últimas casas de la ciudad por ese viento.

Terminada la ejecución, el cadaver de Miramón fué recogido por su cuñado, el Lic. Alberto Lombardo; el de Maximiliano fué puesto en un ataúd de madera corriente pintado de negro, y conducido bajo la vigilancia de las autoridades al lugar donde se practicó la autopsia y el embalsamamiento. Ese ataúd se guarda hoy en la sala del archivo en el Palacio de Go-

bierno, en donde fué expuesto el cadáver después de embalsamado. Consérvanse en la tabla del fondo los vestigios de la sangre. No existe la tapa que debió cubrir el ataúd, el cual se halla metido dentro de un nicho de madera fina con cristales, y está colocado verticalmente.

II

No menos interesante que bajo el aspecto histórico, la visita de Querétaro lo es por los monumentos arquitectónicos y por los valiosos objetos de arte que guarda en sus templos, en sus palacios, en las casas particulares de sus habitantes. Los templos, principalmente, son magníficos, y puede asegurarse que las iglesias de Querétaro son á las de otras ciudades del país, lo que las de Roma á las de otras ciudades de Europa. No solamente por la solidez de la construcción, sino por el buen gusto, se distinguen las iglesias de Querétaro. Acaso no hay una sola en que no haya algo muy notable que admirar, y varias las que son admirables en su conjunto por la multitud de bellezas que encierran. No acabaríamos si nos puséramos á describir todos y cada uno de esos templos, y haremos mención únicamente de los principales, y en éstos nos detendremos sólo en los objetos que más llamaron nuestra atención.

Bello es por su forma y proporciones el antiguo templo de San Francisco, convertido actualmente en iglesia Catedral. Su hermosa nave en forma de cruz latina, ostenta en el centro del crucero, y debajo de la cúpula, que es muy elegante y majestuosa, un baldoquino de madera pintada de color de bronce, imitando algo el de San Pedro en Roma. Los altares que adornan las paredes laterales no carecen de buen gusto artístico y la decoración no está destituida de mérito. Mas lo que sorprende, lo que arrebató verdaderamente al visitante, es el magnífico órgano que se halla colocado en medio de la pared del ábside del fondo, arriba de la sillería de los canónigos. De madera tallado primorosamente, con molduras, con arabescos, con calados, con cornisas, todo de muy buen gusto, de bellísimo estilo, dorado todo á la perfección, reverbera como un sol, resplandece como el astro del día: atrae las miradas y deslumbra por su brillo y por su grandiosidad, y por su bella ejecución deja absorto al que le contempla desde la puerta principal. Podemos afirmar que en su género es la obra más notable que hay en México, y acaso no tenga igual en el extranjero; á lo menos no le hemos visto nosotros. Buenas estatuas de santos adornan los altares,

llamando la atención una que representa á Santiago Apostol.

La iglesia llamada de la Congregación, destinada al culto de la Virgen de Guadalupe, cuya copia que se halla en el altar mayor, es de Miguel Cabrera; puede considerarse como una de las primeras de la ciudad. De una sola nave, espaciosa, bien alumbrada, sus paredes y bóvedas han sido recientemente decoradas con estucos y dorados de muy bello estilo y bien acabada ejecución. Posee una joya artística de bastante mérito: una magnífica pintura que con evidencia es la obra maestra de uno de nuestros más aventajados pintores, Rodríguez Juárez. El cuadro es apaisado, de unos dos metros de largo por algo más de uno de ancho: representa el acto de amortajar el sagrado cuerpo del Salvador para conducirlo al sepulcro. Hállase colocado el cadáver ya sobre la sábana santa para ser envuelto en ella conforme al uso de los judíos. Difícil era pintar sobre el fondo blanco del lienzo el cadáver del Cristo, sin que se resintiera el relieve, y sin que se produjese una monotonía que destruyera el efecto artístico de la pintura. El pintor, sin embargo, salió airoso de la dificultad, pintando el lienzo plegado con tal arte, que las sombras de los pliegues formasen un fondo de medias tintas y de

un admirable claro oscuro, sobre el cual se desprende la bellísima figura del Salvador, verdadero cadáver humano, con un relieve tan perfecto que se duda si es obra de pincel. Entre las cuatro personas que rodean el cadáver, la Virgen María está representada con una expresión de dolor, inimitable, y el San Juan no puede imaginarse más bello. El conjunto del cuadro se hace notar por una entonación vigorosa y los contrastes del colorido por una admirable combinación de tintas que dan á la escena un efecto sorprendente. Muchos cuadros hemos visto del distinguido artista mexicano, pero ninguno es comparable con éste, en que el autor parece haber hecho un gran esfuerzo de ingenio para ejecutar la mejor de sus obras.

Atribúyese al mismo autor otro cuadro que se halla en la capilla situada á la derecha del crucero. Representa la Huida á Egipto. Está bien manejado el pincel; se nota mucha corrección en el dibujo y hay movimiento en las figuras, principalmente en las de dos pequeños ángeles que van caminando á pie delante de los sagrados viajeros; tiene el cuadro muchos detalles en que se revela un artista ejercitado; pero hay en el conjunto algo que no es la verdad, algo que no es la perfección, algo que denuncia un pincel menos diestro que el del

autor del otro cuadro que acabamos de describir.

Pocas iglesias hay en México, acaso ninguna, en que Miguel Cabrera haya trabajado tanto como lo hizo en la llamada de Santa Rosa en Querétaro. Debe visitarse este magnífico templo que, así por su arquitectura como por su decoración, es un monumento del arte nacional. Edificado en el siglo XVII, fué decorado á la mitad del XVIII, en 1752, á expensas de Don José Velázquez de Lorea. Sus bellas proporciones, la soberbia cúpula que corona el crucero, sus artísticas bóvedas, hacen de él un hermosísimo templo. Pero la riqueza de su ornamentación es indescriptible, el lujo de sus retablos sorprendente, la magnificencia de los objetos que adornan el templo no tiene igual en ningún otro de los que en nuestra nación hállanse consagrados al culto católico. Con toda propiedad decirse puede que Santa Rosa en el interior es una ascua de oro. Oro en efecto, brilla por doquiera, en las paredes, en las cornisas y en las bóvedas; oro en los retablos, en los frontispicios del coro y de la tribuna, oro en los marcos de las pinturas y en la talla de los confesionarios; oro por todas partes y oro reluciente, oro purísimo que parece acaba de ser colocado allí por el artista. Solamente el pince

podría dar una idea de cuán bellos son esos magníficos retablos esculpidos en madera, en los cuales las pilastras, las columnas, las cornisas, las cariátides, las esculturas de una variedad asombrosa, ofrecen á la vista conjuntos tan bellos, tan artísticos que nó se cansa el visitante de admirarlos. Y entre esa inmensa variedad de primorosos detalles, las pinturas de Cabrera están incrustadas como hermosa pedrería en el engaste de ricas joyas. Unos doce apóstoles presididos por el Salvador y la Santísima Virgen, adornan en bellísimos óvalos el frontispicio del coro, que cierra una preciosa reja de fierro dorado á fuego, artísticamente trabajada en forma de reluciente ráfaga. La vida de la Madre de Dios en seis lienzos que representan respectivamente los Desposorios, el Nacimiento del Verbo, la Huida á Egipto, la Presentación al templo, la Circuncisión y el Tránsito de San José, forma el principal adorno del retablo que se halla á la derecha entrando. En el de enfrente, la Virgen de Guadalupe reproducida en las escenas de las cuatro apariciones, y dos hermosísimos ángeles, San Gabriel y San Rafael, ofrecen al artista objetos dignos de admirar.

Entrando después en la sacristía, un gran lienzo cubre toda la pared del fondo. Es una alegoría mística que representó el artista en el

interior del convento de Santa Rosa. El conjunto de la pintura es detestable. Se debe suponer que Cabrera la encomendó al menos aventajado de sus discípulos; pero en ella resaltan dos hermosas figuras que sí revelan un diestro pincel como el de Cabrera, y son un Crucificado y una Divina Pastora, que se hallan en el centro del cuadro; uno arriba, suspendido de un árbol, y la otra en la parte inferior debajo de una especie de pórtico á la entrada de un jardín. Son dignos de mencionarse dos preciosos muebles que posee Santa Rosa; el púlpito, de muy elegante forma, revestido de incrustaciones curiosísimas de carey y marfil, y la mesa de la sacristía, de tres varas de diámetro, obra muy bien acabada de ebanistería y de mosaico.

No es posible detenerse demasiado en la descripción de tantas bellezas. Es necesario trasladarse á otra iglesia decorada por el mismo estilo que la de Santa Rosa aunque con menor lujo de ornamentación, para admirar dos soberbias esculturas cuyo autor no es conocido. Un Cristo en la cruz ya muerto, y un grupo de la Piedad. El Cristo es una obra admirable. Es un cadáver, pero de un Hombre Dios; aquel cadáver no tiene la rigidez de la muerte, es el de un hombre que ha de resucitar al tercero día, y por lo mismo; su cuerpo no ha de estar sujeto

á la descomposición que es precedida por la rigidez de los miembros.

El grupo de la Piedad es de lo más bello que hemos visto en México y en el extranjero. En el grupo del mismo asunto que se halla en una de las capillas de San Pedro en Roma y fué cincelado por Miguel Angel, llama la atención la inverosimilitud de tener la Virgen en su regazo el cuerpo inanimado del Redentor; ¿Lo tomó ella en sus brazos? No una mujer, ni un hombre robusto puede fácilmente levantar el cadáver de otro hombre. ¿Fué colocado allí por los Santos Varones? Cosa extraña parece, y en todo caso la Virgen no habría podido sostener ese peso en las rodillas. En el grupo que se admira en Santa Clara, la Virgen está sentada; el cuerpo de su Hijo, tendido en el suelo, ha sido levantado de la cabeza á la cintura y se halla como recostado sobre su Santa Madre que en esos momentos no le mira, sino que alza la cabeza al Cielo, como implorando la fortaleza para resistir á un dolor tan acerbo. Las dos figuras, estrechamente unidas, fueron formadas por el artista de un solo bloc de piedra, y debe lamentarse que se tomara el escultor el trabajo de pintarlas, cubriendo con la encarnación y el colorido mucho de las perfecciones que había des-

arrollado el cincel, especialmente en las ropas de la Virgen, cuyos pliegues han debido ser irreprochables á lo que puede juzgarse.

Hemos dicho, que Tresguerras formó en Querétaro una escuela de arquitectura. Uno de los excelentes modelos que dejó á la posteridad fué, sin duda, el templo que se halla consagrado á Santa Teresa. En el exterior ostenta el edificio un magnífico pórtico que forman seis soberbias columnas de pórfido, de diez varas de altura, aproximadamente, con el diámetro que corresponde al estilo jónico, que se observa en toda su pureza. Las columnas reciben un magnífico entablamento sobre el cual se eleva un elegante y majestuoso frontón de irreprochables líneas. En el interior de la iglesia, un amplio vestíbulo cubierto con soberbia bóveda plana, da entrada á una sola nave, en cuyas paredes laterales se abren en arcadas muy elegantes, cuatro capillas por cada lado. Bellas pilastras de orden jónico acanaladas, reciben el hermoso entablamento sobre el cual descansan las bóvedas de la nave. Toda la ornamentación es de pórfido, que no se ha tenido hasta ahora el atrevimiento de pintar. No tuvo tiempo el arquitecto de hacer el tabernáculo y fué hecho después, de madera y de pésimo gusto, acaso bajo la dirección de un profano. Se nos ha

asegurado que va á ser remediada esta falta, erigiendo un buen tabernáculo de mármol: ojalá y se haga así, porque no es digno el que hoy existe, de tan magnífico templo.

Buena es la arquitectura de la iglesia de la Cruz. Allí se venera la cruz de piedra que fué plantada por los primeros misioneros que evangelizaron en la comarca. Hay notables esculturas, entre otras las de varios religiosos de la comunidad franciscana que murieron en olor de santidad; pareciéndonos de gran mérito una que representa á un lego que se supone ocupado en las faenas domésticas, y tiene el hábito levantado ligeramente, y sujeto con la cuerda que lo ciñe.

En la iglesia de San Antonio, que no carece de majestad y elegancia, hay un cuadro de gran tamaño, original de Cabrera, representando el tránsito de San José. Es, sin disputa, una de las mejores obras del artista, especialmente por la figura de la Virgen, cuya expresión es muy natural y revela los sentimientos que debió experimentar la Madre de Dios en los momentos de ver espirar al que había sido su esposo. Lamentable es que se halle deteriorado el lienzo, y que esté colocado en un lugar en que sigue maltratándose.

La iglesia de San Agustín, es uno de los templos de mayor capacidad que tiene Queré-

taro. Su forma es de cruz latina, su construcción de mampostería revestida de bello pórfido. La cúpula es elevada y elegantísima y en su ornamentación brilla el genio de un artista en los altos relieves de los Apóstoles, que se destacan de doce preciosos nichos incrustados en la mampostería.

Entre las otras iglesias, merecen ser visitadas las de San Santiago y San Felipe Neri, la del Carmen, la de Santa Ana, y la de San Sebastián. En cada una de ellas se encuentran objetos de pintura ó escultura que admirar: en todas se descubre la mano del genio, y la existencia de una antigua y buena escuela de arquitectura que renació en principios de este siglo, y no ha sido abandonada hasta nuestros días. No es posible hacer una descripción detallada de cada una de las iglesias mencionadas. Debe visitarse también la de Santo Domingo, que esta siendo reconstruida, y va muy adelantada la erección del altar mayor que será una obra de importancia por la calidad de los materiales que están empleándose en ella y por la riqueza en columnas, pilastras y molduras. Anexa á esta iglesia hay una buena capilla decorada con elegancia, la cual esta abierta al servicio del culto.

Hecha relación de las iglesias, corresponde hablar de los palacios y de otros edificios públicos dignos de llamar la atención.

El Palacio Municipal, venerable por sus recuerdos históricos, por ser el mismo que sirvió de residencia á los Corregidores de la ciudad, dista mucho de ser un edificio notable, bajo el punto de vista de su arquitectura. Es, sin embargo, espacioso y no carece de majestad. Debe visitarse en él, fuera de la pieza de que hicimos arriba mención, la sala de Cabildo, en donde se conservan los retratos de célebres benefactores de Querétaro, entre otros el de Doña Josefá Vergara y el de Don Juan Antonio de Urrutia y Arana, marqués de la Villa del Villar del Aguila. A la primera se debe la fundación del Hospicio, del cual hablaremos en su lugar; el segundo hizo célebre su nombre por la construcción del magnífico acueducto que ya hemos mencionado, la obra más notable en su género que existe en la República.

La Casa de Gobierno es otro de los palacios de Querétaro dignos de visitarse. Fué habitación del respetable jurisconsulto Don Octaviano Muñoz Ledo, y en 1868 lo adquirió el Gobierno del Estado, cuyos Poderes ya residían

allí anteriormente. Es un bello edificio revestido de pórvido en su fachada y en el interior, que se halla hermo­seado con un elegantísimo patio, circundado de magníficos pórticos de muy hermosa arquitectura. Tiene amplísimos salones, siendo los principales, el de recepción, que se halla decorosamente adornado, y el que sirve para las sesiones de la Legislatura. Embellece el edificio, en el interior, un hermoso y bien cultivado jardín, cubierto con exquisitas plantas tropicales. Llama la atención de los visitantes en este palacio, un magnífico caracol de madera fina, de muy amplios escalones, y dispuesto con tal arte, que no se le ven clavos ni amarres de fierro que sujeten las piezas de que se compone.

El edificio nombrado "la Aduana", sirve de residencia al Poder Judicial, y allí mismo está el despacho de los oficinas de Hacienda del Estado. Ha sido reformado su exterior conforme al gusto moderno, ostentando una hermosa y elegante fachada.

La religión agustiniana, que hizo edificar en Querétaro uno de los templos más amplios y majestuosos de la ciudad, levantó otro monumental edificio para habitación de los religiosos. De este edificio quedaba en pie, después de la Reforma, aunque muy deteriorado, el

claustro principal con sus pertenencias. El Gobierno Federal, informado de la belleza de la construcción, y de la riqueza de ornamentación del edificio, nombró un ingeniero que se encargara de repararlo, salvando así de la destrucción una maravillosa obra de arte, que, sin duda, no tiene rival en la República. Terminados los trabajos, que han sido ejecutados con conciencia y con esmero, ha reaparecido como desenterrada de entre el polvo y los escombros, una verdadera maravilla de arquitectura, que está formando hoy el Palacio de las oficinas federales. No podemos dispensarnos de hacer una descripción, siquiera sea breve, de esta maravilla que nos recuerda los monumentales palacios de Italia.

Se ha dicho, y con razón, que la arquitectura tiene su lenguaje como la música y como las otras bellas artes. El director de la obra que nos ocupa, se propuso y lo consiguió, presentar en el soberbio claustro que había de servir de alojamiento á los agustinos, un poema eno­miástico de las conquistas hechas por el gran Obispo de Hipona y sus hijos en la evangelización de las naciones. El claustro es un gran patio de forma cuadrangular, de lados iguales. Circundarlo amplios pórticos, en dos pisos, que se abren en elegantísimas arcadas, sostenidas

por pilastras de muy bello estilo, y decoradas con cariátides, con arabescos, con escudos simbólicos. En las pilastras del piso bajo, las cariátides representan, esculpidos á la perfección, los tipos de todas las razas humanas: acaso no existe una colección más completa en los museos más bien provistos de ejemplares de esta clase. En las claves de los arcos se ven los atributos de San Agustín y de la religión que fundara. En el piso inferior rematan los pilares en cariátides igualmente, que representan genios con los brazos abiertos, inclinada la cabeza hacia abajo, como extasiados en la contemplación de la obra civilizadora del gran Padre de la Iglesia. Abarcando el observador con la vista aquel conjunto sorprendente, queda abismado, comprendiendo el gran pensamiento del arquitecto, á la vez que el amor del arte goza con la admirable ejecución de todas y cada una de las partes del asombroso edificio. Las proporciones de los pórticos, la elegante forma de las bóvedas, la exquisita cinceladura de los relieves, la expresión de las figuras, la propiedad de los símbolos, todo es artístico, todo es perfecto, todo es maravilloso. La Secretaría de Hacienda debe estar satisfecha de haber salvado al arte la obra, sin disputa, mejor concebida y más bien acabada de cuantas

fueron erigidas en nuestro país por el celo religioso y por la munificencia de nuestros mayores.

Los corredores inferiores y superiores dan entrada á magníficas estancias abovedadas, en donde han sido dispuestas convenientemente las oficinas federales. En la parte alta están el tribunal de Circuito, el Juzgado de Distrito, la Comandancia militar y la Administración del Timbre; en los bajos, la Jefatura de Hacienda y el Correo.

Otro de los edificios públicos que merece una descripción especial, es el antiguo Colegio de Santa Rosa, ocupado hoy con el Hospital civil. Su construcción pertenece á dos épocas: en la primera, al comenzar el presente siglo, fué dirigida por el insigne Tresguerras. El gran patio en la parte baja y su magnífica escalera, fueron obra del famoso arquitecto: el piso superior denuncia desde luego otra dirección bien poco inteligente. Bella y elegantísima la estructura del edificio en el cuerpo inferior, se hace notar como todas las obras de Tresguerras por sus magníficas proporciones, por su perfecta unidad y por su decoración admirablemente sobria. Hermosísimas arcadas reciben el entablamento de irreprochables líneas: las bóvedas, de una perfección acabada, forman el techo de los soberbios pórticos, dignos del pa-

lacio de un monarca. La escalera, de dos rampas, está realizada sobre inverosímiles bóvedas planas que no se explica el visitante el artificio con que fueron armadas y cómo se sostienen, conservándose en su lugar las piedras después de dos tercios de siglo de haber sido colocadas. Dícese que el apoyo de toda aquella atrevida construcción consiste en dos sólidas postes de granito de poco más de un metro de altura que se ven al pie de la rampa inferior. Esos postes se asegura que son como la clave de las magníficas bóvedas sobre las cuales descansa la escalera. Sea de ello lo que fuere, la obra, gigantesca por sus proposiciones, excita la admiración por su atrevimiento y por su clásica belleza. Amplísimos salones de bóvedas planas, circundan el patio principal que dejamos descrito. Allí se han establecido las salas para los enfermos y algunas de las oficinas de la casa. En otro patio se hallan los otros departamentos necesarios para el servicio del Hospital, y en un vasto espacio de terreno cercado por elevados muros, está formándose un magnífico jardín que va muy adelantado y en pocos años será el más bello adorno del edificio. La capacidad del establecimiento y los medios con que cuenta, le permiten recibir más de cien enfermos.

El Teatro de Iturbide es, sin duda, uno de los mejores de la República. Su planta es igual enteramente á la del Nacional de México, en el interior; en el exterior ostenta una buena fachada de arquitectura, sencilla pero simétrica y elegante. Tiene capacidad para dos mil personas. Este edificio, como todo el mundo sabe, adquirió una grande importancia histórica desde que en él se reunió el Consejo de guerra que juzgó á Maximiliano y á sus dos bravos generales Miramón y Mejía.

No podemos perdouarnos de no haber visitado en nuestra última excursión á Querétaro, el Hospicio, conocido con el nombre de "Vergara," por su fundadora, la ilustre matrona Doña Josefa Vergara y Hernández, quien dejó para su fundación bienes por valor de 200,000 pesos. Por el año de 1812 principiaron los trabajos de la erección del edificio, cuya obra fué interrumpida varias veces, y el establecimiento clausurado y vuelto á abrir, hasta que en el año de 1866 quedó definitivamente organizado y en las condiciones en que hoy se encuentra, que se nos informa son buenas, prestando asilo la casa á cien personas por término medio.

No pasaremos en silencio nuestra visita al Colegio Civil del Estado, que se halla en un

magnífico edificio que en otro tiempo fué la residencia de los Padres Jesuitas. Grandes é importantes reformas han sido hechas en este local para adaptarlo al uso á que se le destinó, y aun se le siguen haciendo notables mejoras, debido á la iniciativa y empeño del actual Gobernador, quien ha hecho formar un precioso jardín botánico, ha enriquecido los gabinetes de Física y Química con aparatos muy modernos que adquirió recientemente y pertenecieron al extinguido Instituto científico é industrial que se hallaba establecido en Tacubaya, y está construyendo nuevos y mejores locales para trasladar los dichos gabinetes.

El edificio del Colegio en lo general es amplio, de buena y hermosa construcción; tiene muy buenos salones para las clases y uno de grande extensión y decorados con elegancia, para los actos públicos. Además del jardín botánico hay otro de mayor amplitud para el recreo de los alumnos. En el último año escolar han cursado las veinticinco clases que hay servidas en el Colegio, 176 individuos. Da buena idea de la disciplina, el que en la última distribución de premios hayan recibido el de *muy buena conducta* sesenta y un alumnos. El profesorado se compone de las personas que más se distinguen por sus conocimientos en los

respectivos ramos, sin atenderse á las ideas y opiniones políticas de los profesores.

Debe ser visitado por los viajeros el Colegio Seminario establecido en el antiguo edificio llamado "de las Teresitas." La obra material fué dirigida por Tresguerras y no tiene que decirse más en su elogio. Gran partido se ha sacado del edificio para fundar un Seminario, al cual poco le falta para servir de modelo á los plantales de su género. No tiene veinticinco años de fundado, toda vez que fué abierto con posterioridad á la erección de la Diócesis. Los tres señores Obispos que ha tenido Querétaro han prestado una atención especial á los progresos de este plantel que hoy, bajo la inteligente dirección del Sr. Canónigo Rosas, secundado por el apreciable Padre D. Daniel Frías y con la decidida protección que le imparte el respetabilísimo Prelado Diocesano, el Ilmo. Sr. Camacho, se halla en un estado floreciente.

En el edificio se han ejecutado mejoras de grandísima importancia en las clases, en los dormitorios y en los jardines. En este Seminario se atiende en modo especial á la higiene de los alumnos, y fuera de que se les ha proporcionado en el interior del edificio cuanto es conducente para el desarrollo del cuerpo y la conservación de la salud, como son los departa-

mentos para ejercicios gimnásticos, un gran estanque para baños, etc.; se tiene establecida en una hacienda poco distante de la ciudad, la casa en que residen los colegiales durante las vacaciones, en cuyo lugar se ejercitan en trabajos campestres y en otras labores útiles ajenas al estudio, para proporcionarles positivo descanso al espíritu y un agradable solaz. Para juzgar de los sacrificios que el señor Obispo y sus infatigables colaboradores tienen que hacer para el sostenimiento y progresos del plantel, basta decir que el Seminario tiene sobre 150 alumnos internos, y á la mayor parte de éstos el Colegio les provee de cuanto necesitan. Ya están recogiendo los frutos de tan preciosos trabajos, porque en el Clero de Querétaro existen muchos individuos que honran á la clase á que pertenecen, por su finura de modales, por su ciencia, por su virtud y por su consagración al desempeño de las funciones de su importante ministerio.

Otros varios establecimientos y edificios públicos y privados de instrucción y de beneficencia tiene la ciudad: no les mencionamos, porque tendríamos que dar muy considerable extensión á la presente revista, en la cual no hemos querido ocuparnos sino de lo más notable.

No debemos omitir hacer mención de las casas particulares, entre las que hay muchas que son verdaderos palacios y la mayor parte de este aspecto en su interior. Casi no hay una que no tenga un bonito patio adornado con hermosos árboles frutales, y son muchísimas las que poseen un extenso y bien cultivado jardín, y no escasean las que tienen agregada una magnífica huerta. Agradable debe ser la vida en una ciudad de poco bullicio y de no gran movimiento, en esas habitaciones amplias, bien dispuestas, embellecidas con jardines y sombreadas con hermosos árboles de abundantes ramas y espeso follaje.

IV

No faltan en Querétaro los sitios de recreo dentro y fuera de la ciudad. En ésta son los más bellos, el Jardín Zenea, de no pequeña extensión, pues ocupa casi toda la antigua plaza de San Francisco, y está adornado con un kiosko para la música, una elegantísima fuente de hierro y bancas del mismo metal que se hallan colocadas convenientemente; el Jardín de la Independencia, igualmente bello que el anterior, tiene en su centro el muy elegante monumento erigido en honor del marqués de la Villa del Villar del Aguila, cuya estatua, que